estaria mal ahora en la salsa de esos gansos. ¡Ved qué hermosas aves!

Los gansos estaban bien dorados, y su fuerte perfume excitaba el apetito de todos.

—La enfermedad de nuestro señor Francisco, repuso Meloir, tiene un nombre de dos varas de largo, que comienza con la palabra *hidromel*, y que concluye en griego, de la misma manera que todos los nombres paganos inventados por los holgazanes que saben leer. Nosotros somos vasallos fieles, ¿no es así? Pues bien, roguemos á San Francisco que cure al señor duque, y cenemos á su salud, como buenos cristianos.

La proposicion era sobrado leal para no ser acogida de una manera favorable.

Los dos gansos, los patos, las gallinas, y quizás un pavo que habíamos olvidado en la descripcion minuciosa de las aves asesinadas, fueron colocados sobre la mesa, y cada cual cumplió su deber.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

V.

La aparicion.

Era una maravilla ver el valiente apetito de aquellos honrados militares bretones. Comian y bebian sin tregua ni descanso, imitando el ejemplo de su venerado jefe el caballero Meloir, quien, en aquella ocasion, dió á conocer cualidades de glotonería superiores á todo elogio.

La multitud de aves, cuyas plumas formaban un verdadero monton en medio de la estancia, exceptuando tan solo media docena de pollos, fué devorada.

Basta un grano de arena para poner dique al furor del Océano. Algunos pollos de la aldea de San Juan hicieron retroceder el apetito fogoso de nuestras gentes de Bretaña.

Pero cada uno de ellos habia pensado, al limpiarse sus saciados labios:

—Preciso será almorzar mañana.

Porque hay estómagos enormes que almuerzan aun despues de cenas épicas.

El fuego ardia entre las cenizas, en el fondo de la chimenea.

Avanzaba la noche.

Meloir dijo:

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—Compañeros, os deseo buen sueño.

Y comenzó á roncar en su sillon con una mano apoyada en la empuñadura de la espada, y la otra en la escarcela.

Todos hicieron lo mismo que él.

En aquellas salas, cuyos ámbitos llenaban poco antes los alegres cantos y los mil estrépitos de la orgía, no se oyó muy luego sino el ruido ronco y sordo de las respiraciones anhelosas.

Todos estaban acostados en confusa mezcla, hombres de armas y arqueros. Los piés del uno se apoyaban en la cabeza del otro.

Corson, el heraldo, dormia echado de espaldas con las piernas simétricamente apartadas.

Corson soñaba que nadaba en un mar de *Sinople*, frecuentado por Sirenas de *encarnacion*.

Y esto divertia á aquel fastidioso jóven.

Los demás soñaban, ó no soñaban.

El caballero Meloir veia una hermosa jóven rubia, risueña y tímida, que le llamaba monseñor y le ayudaba respetuosamente á quitarse las hebillas de la armadura.

La teas, fijas en la campana de la chimenea, se habian apagado; solo dos, medio consumidas, luchaban contra la luna que introducia en la sala sus rayos cristalinos y puros.

¿No era, por ventura, el sueño del buen caballero Meloir, lo que se realizaba allá léjos en el umbral de la puerta?

Era una mujer pálida cual una vision, y hermosa como el primer pensamiento de amor.

Tenia cabellos rubios y abundantes, ostentando los pesados rizos que la caian sobre los hombros castamente velados.

Una sonrisa infantil, que el dia antes debia ser traviesa, pero que á la sazon estaba llena de espanto y de tristeza.

Al indeciso resplandor de las dos teas, no era posible percibir los contornos de aquel rostro delicioso.

Al rededor de la jóven habia una especie de vaguedad sobrenatural.

Entre aquellos hombres de hierro, que dormian tumbados en el suelo, no se contaba ningun poeta.

Al ver aquella aparicion llena de gracia, un verdadero poeta hubiera pensado en seguida en el ángel que es el alma de las ruinas, en el Hada que es el soplo de las playas.

Angel ó Hada, la jóven temblaba. Pero en vano es que las mujeres tiemblen, porque siempre tienen osadía.

Durante un minuto, miró aquel singular dormitorio de la orgía. Despues brilló un relámpago en sus ojos grandes y azules. Adelantó un paso. Entró en el sitio iluminado por la luz de la luna, que derramó reflejos azulados en el oro brillante de sus cabellos.

Entonces la hubierais conocido. ¡Pobre Reina! ¡Cuántas lágrimas habian derramado sus hermosos ojos desde el dia en que la columbramos detrás de los pliegues de su velo de luto! Desde aquel dia comenzó su miseria.

Desde entonces luchaba su anciano padre contra el resentimiento de un príncipe ultrajado; lucha terrible y desigual.

Desde aquel dia el pobre Aubry estaba cautivo en los calabozos subterráneos del Monte de San Miguel.

Y su padre, á nadie mas que á ella tenia en el mundo para socorrerle y protejerle.

Y Aubry..... ¡oh! ¿qué podian las hermosas manos de Reina contra el hierro de las rejas ó el macizo granito de las paredes?

¡Cuánto habia llorado, Dios mio!

Pero bajo las lágrimas de aquella niña delicada, y detrás de aquella timidez adorable, que es á la vírgen lo que el perfume á la flor, habia una especie de audacia latente.

La audacia tiene su alegría, porque esta, que es un engendro del entusiasmo, se desprende de todo esfuerzo moral como

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

el calor de todo esfuerzo físico. Las lágrimas de Reina se secaban con frecuencia con una sonrisa.

¡Era tan jóven! ¡Y Dios solia procurarla aventuras tan singulares!

En aquella noche, por ejemplo, en medio de aquellos soldados que roncaban, tenia miedo, es verdad; pero una sonrisa maliciosa arqueó sus labios cuando conoció, sentado en el sitial de honor, á Meloir, el caballero de reciente data.

En otro tiempo, en las fiestas de Avranches, aquel hombre a habia hablado de amor; mas tarde, á consecuencia de la noble negativa de Aubry, se habia ofrecido espontáneamente á perseguir á Hue de Maurever, y á la sazon era un caballero, y sin embargo, Reina se sonreia, porque hay hombres á quienes no se puede odiar formalmente.

La sala era grande, Reina queria llegar hasta la mesa.

Llevaba una cesta colgada del brazo, y su mirada se fijaba con avidez en los restos de la cena.

Adelantábase con lentitud por entre aquellos obstáculos humanos. A cada instante necesitaba evitar una cabeza, saltar por encima de un brazo ó de un pecho forrado de hierro. Algunas veces, cuando uno de los que dormian hacia un movimiento, Reina se detenia asustada; pero muy luego emprendia de nuevo su tarea, y á medida que se acercaba á la mesa, su sonrisa se tornaba mas traviesa en torno de sus encantadores labios.

Al fin llegó á la mesa pasando por encima del cuerpo mal formado del señor de Corson. La jóven metió en la cesta dos pollos, un gran pedazo de pan, y una botella de vino añejo que, por fortuna, permanecia intacta.

Envanecida con su victoria, sacudiendo su rubia cabellera con un movimiento lleno de gracia, y segura de que nadie la veia, se retiraba. Pero en el momento en que se disponia á atravesar de nuevo la sala para fugarse con los trofeos de su triunfo, fijó una mirada en el buen caballero Meloir.

Continuaba con una mano apoyada en la escarcela llena de dinero. Las delicadas cejas de Reina se fruncieron, y en sus ojos brilló un relámpago de altivez.

—¡El oro que ha de pagar el precio de la cabeza de mi padré! murmuró.

Preciso es creer que en aquel tiempo las mujeres llevaban ya tijeras, y quizá tijeras de Toledo.

Al menos se vió brillar en las manos de Reina un reflejo de acero, que pasó entre los dedos de Meloir.

El cordon que separaba la escarcela fué cortado en un abrir y cerrar de ojos. Pero la escarcela no cayó. La mano de Meloir continuaba apoyada en ella. Los soldados son vigilantes aun durante el sueño.

Cuando Meloir imponia á su reposo la condicion de guardar un objeto, despertaba como se habia dormido, con la mano sobre el objeto custodiado, ya fuera una bolsa ó una espada.

Reina tiró de la escarcela: primero con mucha suavidad, luego con mas fuerza. Era imposible obligar á Meloir á soltar la presa. Reina intentó abrir la escarcela entre sus dedos. Tambien era imposible, y sin embargo, ella queria conseguirlo.

Y no lo hacia porque deseara procurarse un poco de aquel dinero, tan necesario al proscrito que se oculta.

No, tampoco, que lo considerase como una indemnizacion de los estragos causados en la posesion de Hue de Maurever.

Reina no tenia un solo escudo, pero sabia donde habia de encontrar el pan que sostenia la existencia del anciano.

No lo hacia por nada de lo que hubiera podido determinar á un hombre á apoderarse del pequeño tesoro; digamos mas bien que no le buscaba con el objeto de servirse de él, pero sí porque la escarcela contenia, en concepto suyo, la odiosa re-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

compensa que habia de pagar la traicion, los cincuenta escudos de Nantes que prometian á quien quiera que entregase á Mr. Hue de Maurever.

Ella queria cogerlo, y era mucha ya la voluntad de aquella rubia niña, tan delicada y tan linda.

Aquella rubia niña habia arrostrado, durante diez noches consecutivas, las balas y los dardos de las ballestas para ir á llevar pan á Mr. Gil.

Bien sabe Dios que los arqueros de Juan de la Haise tenian órden de apuntar con exactitud en torno de la verja del calabozo.

Aquella rubia niña hacia otros diez dias que atravesaba todas las noches las playas, en donde tantos hombres robustos han dejado los huesos, para ir á llevar un poco de pan á su padre.

Para ella querer era poder.

Meloir reñia en su sueño y sintió confusamente el esfuerzo de la jóven. Su mano se aferraba á la escarcela aunque aun no estaba despierto.

Apoderábase de Reina la impaciencia, y su diminuto pié heria el suelo en un momento de cólera. Luego, como si aun no fuera bastante imprudencia, la temeraria niña, por un movimiento postrero, brusco y vigoroso, arrancó la escarcela.

—¡A las armas! gritó Meloir, quien despertó sobresaltado.

En un segundo estuvo de pié toda la escolta.

Pero un segundo era diez veces mas de lo que necesitaba Reina para verificar su retirada.

Ligera cual un pájaro saltó entre los soldados medio dormidos que se agitaban, se subió con rapidez al antepecho de la ventana abierta, y aun estaban los soldados restregándose los ojos, cuando habia traspuesto el umbral de la puerta del patio.

Al pasar junto á la mesa, habia apagado las dos teas.

La luna estaba encubierta por una nube.

En la sala habia una escena de desórden inexplicable. En medio de la completa oscuridad que reinaba, se estorbaban y chocaban unos con otros. Las piernas entumecidas de los que acababan de despertar se enredaban en el heno que poco antes les servia de lecho, y mas de uno cayó pesadamente, mezclando con los confusos gritos un ruido retumbante de hierro y acero.

Cualquiera habria creido que tenia efecto una lucha encarnizada.

—Encended las luces, gritó Meloir con voz de mando.

Y cada uno de los circunstantes repitió:

—Encended las luces.

Pero, cuando todos mandan, nadie obedece.

Continuaron agitándose en el vacío.

El señor de Corson habia vuelto á ponerse en *pal*, como él decia cuando estaba de buen humor.

En *pal* para él significaba de pié.

¡Oh! ¡qué siniestra alegría es la de la ciencia!

Cuando un hombre docto se chancea, huid.

Solo una broma de un matemático puede ser mas funesta que una chanza de un archivero.

Todos buscaban sus armas, juraban, se pegaban, tropezaban en las botellas vacías y daban sus almas al diablo, que se cuidaba muy poco de ellas.

El caballero Meloir estaba como aturdido.

Fué preciso que la luna saliese de la nube para poner término á la confusion.

Sus argentinos rayos iluminaron por un instante la sala para volverse á apagar despues.

Pero habian tenido tiempo suficiente para conocerse.

Conan y Kervoz estaban ya echando lumbres.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

—¿Habeis visto?.... comenzó á preguntar Meloir.

—¡Un fantasma! exclamó Kervoz interrumpiéndole.

—Ha sido una cosa, prosiguió Fontebrault, que ha desaparecido en medio de la oscuridad de la noche, como una niebla leve.

—¡Una vision!

—¡Un espíritu!

—Una cosa, replicó Meloir, que ha cortado los cordones de mi bolsa.

—¿Qué decís? exclamaron todos.

—Una cosa, añadió Kervoz levantando una de las teas encendidas, que se ha llevado dos de nuestras gallinas y nuestra última botella.

—Es verdad, repitieron todos.

—¡Ira de Dios! dijo Meloir recapacitando; ¡vayan al diablo las gallinas! mi escarcela contenia el precio de la cabeza de un caballero.

—Se puede montar á caballo.

—Compañeros, esa cosa, cualquiera que sea, necesito que me la traigan.

Los hombres de armas se miraron unos á otros.

—Buscar, murmuraron, es posible..... pero encontrar.....

—Es preciso encontrar, compañeros, dijo Meloir.

—Si es un ladron, replicó Kervoz, es muy listo y lleva mucha delantera; si es un espíritu.....

—¡Ira de Dios! aun cuando fuese Satanás.

Los soldados cuchichearon.

Meloir prosiguió:

—Ensillad los caballos. Conan y los demás, por esta noche ha concluido nuestro descanso. Vosotros, muchachos, escuchad, si gustais; voy á daros la filiacion del supuesto fantasma.

—¿Segun eso, le habeis visto, señor?

—No mucho; pero lo suficiente para conocerlo. De su estatura nada podré decir, sino que es mas listo que los galgos de Rieux; su cara no la he visto, porque me volvia la espalda al huir; pero sus cabellos rubios eran rizos y flotantes.

—¿Es una mujer?

—Quizás sí..... ¿Os acordais del chicuelo que nos ha acompañado hasta aquí?

—¡Oh, oh! prorumpieron, es verdad, cabellos rubios, mas suaves y sedosos que los de una mujer.

—¿Y os acordais de las ganas que tenia de poseer cincuenta escudos de Nantes?

—Sí, sí.

—¡Hé ahí la pista; á vosotros, compañeros, toca seguirla.

De pronto se oyó un ruido fuera.

—¡A ese, á ese! gritaban Conan, Merry, Kervoz y los demás arqueros.

Y perseguian en el patio á un sér que huia con maravillosa rapidez.

—¡A ese, á ese!

—¡Mi buen señor! decia el pobre diablo, perdiendo ya el aliento, tened compasion de mí. Venia á hablar á vuestro amo el noble caballero Meloir.

—¡En las altas horas de la noche! ¡Ten cuidado, Conan.... ciérrale el paso, Merry! Vamos á arrinconarle contra la pared.....

Los hombres de armas y Meloir se habian asomado á la ventana.

—¡Oh, mis buenos señores! gritaba el fugitivo, sin fuerzas casi para tenerse.

—Señor, dijo Fontebrault, creo que este buen mozo vá á darnos noticias de vuestra bolsa.

—¡No le hagais daño! mandó Meloir á los arqueros.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

El fugitivo se detuvo al oir el eco de aquella voz.

—Gracias, querido señor; Dios os lo premie.

—¡Traédmele! volvió á decir Meloir con voz de mando.

Un momento despues, los arqueros hacian entrar á empujones en la sala á un individuo que en nada se parecia á la filiacion dada por el caballero.

Esta filiacion, por muy imperfecta que fuese, hablaba de talle flexible y de larga caballera rubia y sedosa. Por el contrario, nuestro fugitivo tenia todo lo necesario para no ser confundido ni de cerca ni de léjos con una mujer.

Era un moceton alto, de una fealdad muy pronunciada, y provisto de una cabellera de la que cada crin era tan ruda como el diente de una almohaza.

—¡Señor! dijo el arquero Merry, hemos sorprendido á este feo estafermo en el momento en que se deslizaba fuera del patio.

—¿Qué venias á hacer en el patio? preguntó Meloir, que habia vuelto á sentarse en el sillon.

—Venia á hablaros, mi buen señor.

—¿Cómo te llamas?

—Vicente Gueffes, súbdito fiel del duque Francisco, y vuestro mas humilde servidor.

VI.

Maese Gueffes.

En efecto, era maese Gueffes, el digno maese Gueffes, el mendigo y chalan normando, el amante de la hermosa Simoneta, el rival de Juanillo; maese Vicente Gueffes, con su ancha mandibula, su angosta frente, y sus brazos de dos varas de largo.

Y, cosa rara, maese Gueffes decia la verdad.

Habia ido al castillo con objeto de hablar al caballero Meloir.

El caballero Meloir le miró atentamente durante mucho tiempo.

—Compañeros, dijo en seguida, difícil será encontrar una alimaña mas fea que este bergante.

Todos aprobaron esta opinion.

—Pero ya sabeis, prosiguió Meloir, que cuando se despierta sobresaltado se suele tener la vista turbia y los sentidos entorpecidos. Quizá tuviese yo telarañas en los ojos, compañeros, y quizá ví sedosos cabellos rubios en vez de estas cerdas de jabalí, y un talle fino y delicado, en vez de este cuerpo deforme.

Los hombres de armas se reian.

A Gueffes le temblaban todos los miembros.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA